

Mensaje de Fr. Rolando Gilberto Castillo, en el Acto protocolar de Graduación de la Promoción 2013 de la Universidad Tecnológica Oteima. Club David, el 2 de agosto de 2013.

Vivimos en un tiempo en que las ciencias experimentales han transformado la visión del mundo e incluso la autocomprensión del hombre. Los múltiples descubrimientos, las tecnologías innovadoras que se suceden a un ritmo frenético, son razón de un orgullo motivado, pero a menudo no carecen de aspectos inquietantes. De hecho, en el trasfondo del optimismo generalizado del saber científico se extiende la sombra de una crisis del pensamiento.

El hombre de nuestro tiempo, rico en medios, pero no igualmente en fines, a menudo vive condicionado por un reduccionismo y un relativismo que llevan a perder el significado de las cosas; casi deslumbrado por la eficacia técnica, olvida el horizonte fundamental de la demanda de sentido, relegando así a la irrelevancia la dimensión trascendente. En este trasfondo, el pensamiento resulta débil y gana terreno también un empobrecimiento ético, que oscurece las referencias normativas de valor.

En efecto, la investigación científica y la demanda de sentido, aun en la específica fisonomía epistemológica y metodológica, brotan de un único manantial, el *Logos* que preside la obra de la creación y guía la inteligencia de la historia. Una mentalidad fundamentalmente tecnológica genera un peligroso desequilibrio entre lo que es técnicamente posible y lo que es moralmente bueno, con consecuencias imprevisibles.

Es importante, por tanto, que la cultura redescubra el vigor del significado y el dinamismo de la trascendencia. Viene a la mente la célebre frase agustiniana «*Nos has creado para ti [Señor], y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*» (*Confesiones*, I, 1). Se puede decir que el mismo impulso a la investigación científica brota de la nostalgia de Dios que habita en el corazón humano: en el fondo, el hombre de ciencia tiende, también de modo inconsciente, a alcanzar aquella verdad que puede dar sentido a la vida.

«*En Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca. Es una búsqueda que nace de lo íntimo de Dios y tiene su punto culminante en la encarnación del Verbo*» (Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, 7).

Vivida en su integridad, la búsqueda se ve iluminada por la ciencia y la fe, y de estas dos «*alas*» recibe impulso y estímulo, sin perder la justa humildad, el sentido de su propia limitación. De este modo la búsqueda de Dios resulta fecunda para la inteligencia, fermento de cultura, promotora de auténtico humanismo, búsqueda que no se queda en la superficie. Queridos amigos, déjense guiar siempre por la sabiduría que viene de lo alto, por un saber iluminado por la fe, recordando que la sabiduría exige la pasión y el esfuerzo de la búsqueda.

Se inserta aquí la tarea insustituible de la Universidad, lugar en donde la relación educativa se pone al servicio de la persona en la construcción de una competencia científica cualificada, arraigada en un patrimonio de saberes que el sucederse de las generaciones ha destilado en sabiduría de vida. La Universidad, en el trabajo diario de investigación, de enseñanza y de estudio, vive en esta tradición que expresa su propio potencial de innovación: ningún progreso, y mucho menos en el plano cultural, se alimenta de mera repetición, sino que exige un inicio siempre nuevo. Requiere además la disponibilidad a la confrontación y al diálogo que abre la inteligencia y testimonia la rica fecundidad del patrimonio de la fe. Así se da forma a una sólida estructura de personalidad, donde la identidad cristiana penetra la vida diaria y se expresa desde dentro de una profesionalidad excelente.

La Universidad, hoy está llamada a ser una institución ejemplar que no limita el aprendizaje a la funcionalidad de un éxito económico, sino que amplía la dimensión de su proyección en la que el don de la inteligencia investiga y desarrolla los dones del mundo creado, superando una visión sólo productivista y utilitarista de la existencia, porque «*el ser humano está hecho para el don, el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente*» (*Caritas in veritate*, 34). Precisamente esta conjugación de investigación científica y de servicio

incondicional a la vida delinea la fisonomía de los egresados de la Universidad, porque la perspectiva de la fe es interior —no superpuesta ni yuxtapuesta— a la investigación aguda y tenaz del saber.

Es precisamente el amor de Dios, que resplandece en Cristo, el que hace aguda y penetrante la mirada de la investigación y ayuda a descubrir lo que ninguna otra investigación es capaz de captar. Es propio de la naturaleza del hombre ver en los demás la imagen de Dios amor y en la creación su huella. Sin amor, también la ciencia pierde su nobleza. Sólo el amor garantiza la humanidad de la investigación.

Nos hallamos, en definitiva, frente a una realidad muy compleja, pero también fascinante, que hay que comprender de manera profunda y amar con gran espíritu de empatía, una realidad cuyas líneas de fondo y desarrollos es necesario saber captar con atención. Mirando, por ejemplo, a los jóvenes de nuestra nación, nos damos cuenta de que representan, con sus culturas y con sus necesidades, un desafío para la sociedad del consumismo globalizado, para la cultura de los privilegios consolidados, de la que se beneficia un reducido grupo de la población. Las culturas juveniles, en consecuencia, se transforman en «emergentes» también en el sentido de que manifiestan una necesidad profunda, un pedido de ayuda o incluso una «provocación», que no puede ser ignorada o descuidada ya sea por la sociedad civil, ya sea por la comunidad de fe. Me preocupa la que podríamos llamar «emergencia educativa», a la que se suman seguramente otras «emergencias», que tocan las diversas dimensiones de la persona y sus relaciones fundamentales, y a las cuales no se puede responder de modo evasivo y banal. Pienso, por ejemplo, en la creciente dificultad en el campo laboral o en la fatiga de ser fieles en el tiempo a las responsabilidades asumidas. De ahí derivaría, para el futuro del país, un empobrecimiento no sólo económico y social sino sobre todo humano y espiritual: si los jóvenes ya no esperaran y no progresaran, si no introdujeran en las dinámicas históricas su energía, su vitalidad, su capacidad de anticipar el futuro, nos encontraríamos con una humanidad replegada en sí misma, privada de confianza y de una mirada positiva hacia el futuro.

Aunque somos conscientes de las numerosas situaciones problemáticas que tocan también el ámbito de la fe, queremos renovar nuestra confianza en los jóvenes, reafirmar que miramos su condición, sus culturas, como un punto de referencia esencial e ineludible para su acción. Por eso querría retomar algunos pasajes significativos del Mensaje que el Concilio Vaticano II dirigió a los jóvenes, a fin de que sea motivo de reflexión y de estímulo para las nuevas generaciones. Ante todo, en este Mensaje se afirmaba: «La Iglesia os mira con confianza y amor... Posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas». Por eso: «En el nombre de este Dios y de su hijo, Jesús, los exhortamos a ensanchar vuestros corazones a las dimensiones del mundo, a escuchar la llamada de vuestros hermanos y a poner arduamente a su servicio vuestras energías. Luchen contra todo egoísmo. Niéguese a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sean generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edifiquen con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores». Gracias por la atención. Felicidades. Dios les bendiga.

FR. ROLANDO GILBERTO CASTILLO, OSA.
DIRECTOR COLEGIO SAN AGUSTÍN DE DAVID
02/08/2013

Fr. Rolando Gilberto Castillo, osa.
Director Colegio SAn Agustín de David
02/08/2013